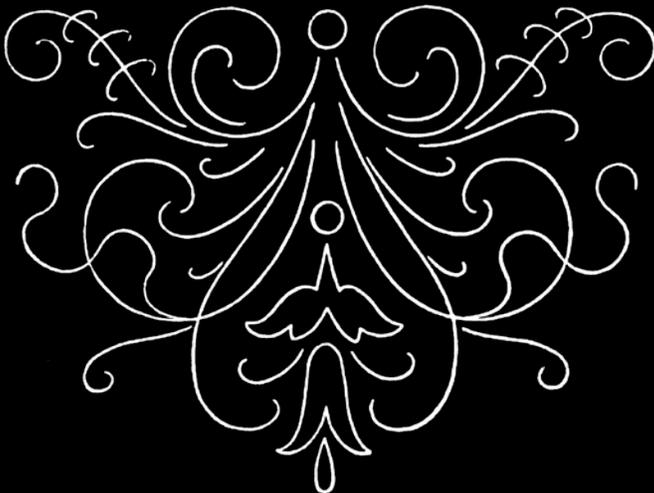


EL
Compadrazgo
Colombiano:

**¿La otra Sociedad de los
Caballeros del Anillo?**





Siempre he visto la bisexualidad como el don de la doble posibilidad para amar y sentir pasión por hombres o mujeres al mismo tiempo. Un don que algunas de mis amigas mujeres por el mundo usan sin permiso y sin escándalo. Entran y salen de la bisexualidad para ocupar sus roles de esposas heterosexuales o de seductoras lesbianas. Sin traumas. Algunas mujeres, he notado, pueden jugar con esa doble línea del deseo sin líos. Pero en las sociedades represivas y cristianas, como en Colombia, la bisexualidad masculina se transforma en un talento. Sí. Los bisexuales hombres están obligados a convertirse en los más talentosos mentirosos del mundo.

¿O qué mujer en Colombia se casaría con un hombre sabiendo que su esposo puede sentir deseo también por otro hombre? Curioso: ninguna de mis amigas me ha confesado hasta el día de hoy que les encantaría ver a dos hombres teniendo sexo, pero sabemos que el fantasma de todo hombre hétero es ver a dos mujeres bien buenotas besándose. Y eso, incluso, para muchas mujeres heterosexuales es normal.

Algunas mujeres asumen el posible deseo o atracción de sus maridos hacia otras mu-

eres y esperan ser engañadas en la más absoluta reserva, sobre todo con la más precavida atención desde que comienzan a ponerse viejas. Estas mujeres tienen todas las armas para enfrentar los “cuernos”: el estatus oficial de esposa y el poder de endilgar a la intrusa el estatus público de “puta”. Pero la posibilidad de ser engañadas con otro hombre, sencillamente, no existe en sus cabezas. Ellas creen que el gusto por los hombres es un asunto de hombres afeeminados.

Error.

El bisexual colombiano, ese mismo que juega fútbol y toma cerveza Águila, debe mentirle a todo el mundo, sobre todo a su esposa, mujer altamente machista. Y mentir es un talento que inicia desde la primera infancia, pero la mentira primero se llama “secreto” con los padres, o mejor dicho con la madre: y algunas madres -no todas- son prejuiciosas, beatas, reproductoras del canon machista; mujeres abandonadas y maltratadas por el esposo. Y estas mujeres, tristes, culpabilizadas, religiosas, o supersticiosas -la misma cosa- canalizan su neurosis en sus hijos-hombres. Luego estos, ya mayores, serán incapaces a lo largo de su vida de escucharse a ellos mismos con sin-

ceridad, sino que como un vallenato viejo, repiten en sus memorias los ecos de valores familiares inculcados por la mamá. Y son las mamás las que primero dicen: “los hombres no se enamoran de los hombres”, mientras que por el otro lado está el inconsciente diciéndoles: “peros si te puedes acostar con ellos en secreto...”.

Y ahora el adolescente bisexual cuando le toca jugar el rol social, ese de escoger pareja, se da cuenta de que la elección se convierte en una tormenta. Y asumen la máscara que los acompañará hasta el día de su muerte: ¿o ser un novio hétero con gustos secretos o un gay que también le gustan las mujeres?

¿Qué?

Y eligen lo primero. Y es cuando el secreto se ha transfigurado totalmente en la gran mentira de sus vidas. Se hacen pasar por “honestos” heterosexuales. Aprenden a mentir para no dañar a los seres que aman. Y se lanzan a una vida doble y delincuente, como consecuencia de esa boba idea que nos meten sobre el placer individual como responsabilidad de los otros, de los papás, de los hermanos, de los tíos, incluso de los vecinos del barrio.

La dualidad de su placer, su placer bisexual, no la conciben como un poder hacia el descubrimiento de las mil formas del deseo. El pobre diablo bisexual se encierra a sí mismo en una anormalidad dentro de la “anormalidad” de lo que le enseñaron. Pero el deseo es como la necesidad del aire, uno lo necesita, y aparece cuando uno menos lo cree. En el jugador de fútbol, en el hijo del vecino, en un mesero. Y cuando el bisexual encuentra gente igual de “jodida” que ellos por los prejuicios encubados en el sagrado seno de la familia, los caballeros de la mentira se asocian en fraternidad eterna, en verdaderas familias secretas en la búsqueda clandestina de la satisfacción de aquello que la “norma social heterosexual” les quita:

...el derecho soberano de acostarse con quien les dé la gana...

Y lo prohibido es escaso. Y lo que es escaso se convierte en un anhelo que se paga con “cualquier precio” todos los días.

Hasta que un día llega la catástrofe. Porque siempre llega la catástrofe cuando uno menos piensa. Que si el comentario inoportuno, que si la mirada furtiva, que si el mensaje de texto a las cuatro de la mañana. O ese abrazo imprudente y demasiado cerrado en el rincón oscuro de una parranda vallenata. Una simple llamada anónima. Una cámara escondida, la vida ¡PLOP! les cambia.

Y es ahí cuando ya no pueden elegir. Los bisexuales adquieren frente a los ojos de los prejuiciosos el valor de “pobres maricas” públicos. (Generalmente la esposa en un ataque de ira -que después lamenta- los denuncia hasta con el tendero de la esquina). Y los bisexuales no pueden defender su cincuenta por ciento de heterosexualidad. En Colombiano, o eres marica o eres un machito, pero las dos cosas ¡no!

El ingenio, la perspicacia, todos los conjuros para mantener en secreto una sociedad como los Caballeros del Anillo al interior de la Policía Nacional de Colombia -y lo demuestran los hechos-, otra vez revelan los alcances que pueden tener las políticas represivas de la tradición: nuestra doble moral. Estos caballeros no tienen más opción que organizarse y darle a su cofradía del deseo los matices del “vicio” y del “delito”. Sin un escenario clandestino, de miradas discretas, de masculinidad dominante, sencillamente no hay placer, no hay deseo.

¿Estamos preparados para matrimonios católicos bisexuales? No. ¿Entonces, qué posibilidad hay? Y es ahí cuando se crean los desbarajustes. Si los Caballeros del Anillo han cometido un delito, emburundangar a bellos y atléticos jovencuelos para robarles besos: ¡claro que deben pagar! Pero si se les está juzgando por ser bisexuales ¡pague la luz y vámonos! ¡Nos llevó el gran Carajo!

La bisexualidad existe.



[1]

Una anécdota para terminar. Un amigo que trabajaba en una residencia en Barranquilla me contó alguna vez que todos los domingos, por cierto tiempo, llegaban dos caballeros a las tres de la tarde percutidos y sudorosos de jugar fútbol. Pagaban por dos horas de Motel, dando explicaciones no pedidas sobre la intención de descansar y tomar una ducha. Para todos los empleados del Motel era claro que eran amantes: el reguero que dejaban y los sonidos a media voz que salían de la habitación –como si estuvieran degollando a alguien–, me contó mi amigo, eran contundentes evidencias de que en esa habitación se cometían juegos de pasión. Las circunstancias fortuitas de la vida llevaron a mi amigo a la casa de un compañero de la universidad, y cuál sería su sorpresa al descubrir que el papá de su compañero era uno de los caballeros que iba a la residencia los domingos. Y para terminar de fregar la vaina, ya entrada la noche, llegó el otro señor: resultó siendo el padrino de su compañero.

Pido entonces que el asunto de los Caballeros del Anillo abra la oportunidad para entender los “posibles” amores secretos en las relaciones de padrinazgo en Colombia, Barranquilla, en La Guajira, en Santa Marta, en Cartagena, Medellín y Cali. Incluso, sería bueno que se analicen las relaciones fraternales entre hombres en las novelas

de García Márquez. Esa guachafita heterosexual de trago y vallenato en las peleas de gallos donde no entran las mujeres. Tal vez nos demos cuenta de que todos hacemos parte y contribuimos con la gran Sociedad del Anillo.

Por cierto... ¿quién es su padrino?

Alexander Ortega

Profesor *lecteur* de la Universidad Paris VII. Doctorado en preparación en la Universidad Paris IV, sobre la obra de la escritora barranquillera Marvel Moreno. Sus mejores amigos son un duende debajo de su cama y su psicoanalista. El peor error en su vida fue creer que la literatura se aprende en las universidades. No entiende ni a Barthes, ni a Lacan, ni a Butler. Su escritor favorito es Marcel Proust, y su libro preferido es *Tus Zonas Erróneas*. Le gusta escribir sobre la gente, sobre los laberintos que dibujan para enamorarse y las puertas que encuentran para terminar odiándose. Su última gran esperanza es ganarse la lotería, como se la ganó su papá hace 30 años. Le tiene fobia a las tortugas y detesta la sopa de pajarilla. Sus dos grandes vergüenzas: haber sido evangélico y haber vendido su primer voto por una sopa en un vaso de icopor. No cree que haya gente idiota, sino poesías interiores mal interpretadas. Busca el amor desesperadamente sobre todo cuando entra en el metro de París.

[1] *Imagen de El Padrino*.

Director: Francis Ford Coppola, 1976.